

II Encuentro Nacional de Estudiantes de Ingeniería
Diego Portales

13 nov. 91

Es una cosa que alegra de verdad, el verlos a ustedes aquí, jóvenes estudiantes de ingeniería, venidos de todo el país, y convocados por un deseo común: el de abordar en conjunto los nuevos, los grandes, los fascinantes desafíos de su futuro profesional.

Ustedes están reconociendo el hecho de que deben colocarse a la altura de los tiempos. En un país como el nuestro, en que son aun relativamente pocos los jóvenes que alcanzan a terminar su educación, ustedes, al alcanzar la meta de su formación profesional, reciben un verdadero encargo, una misión, que es más grande que ustedes, y que, directamente, a cada uno de ustedes, lo reclama.

Esa misión es la de emplear su capacidad profesional para que todos los hombres y mujeres de esta tierra, puedan incorporarse en forma conciente y creativa a esta nueva sociedad global, a este mundo interdependiente, cuyo futuro está entregado a la inteligencia y al corazón de muchos hombres y mujeres como ustedes.

El ingeniero está llamado a ser un líder, está llamado a conducir, a orientar, a dirigir procesos, a motivar a otros hombres e incorporarlos a tareas comunes. Al aceptar ese rol, él le devuelve a la sociedad algo de lo que ella le entregó. No sólo le devuelve a quienes lo educaron e instruyeron, sino a aquella anónima multitud de los que no tuvieron las mismas oportunidades para sí mismos, pero que pusieron su esfuerzo cotidiano, para hacer posible la sociedad en que vivimos. A todos ellos se deben ustedes, y lo que es verdaderamente incitante en esta hora, es que parecen abrirse nuevos horizontes, no sólo para las más grandes empresas, sino para los más modestos trabajos. El ancho mundo los necesita a todos.

Pero para que esto sea verdad, se necesita que no fallen los líderes. Se necesita que no fallen ustedes. Y en este Encuentro, yo veo en primer lugar eso, la voluntad de asumir en forma colectiva, comunitaria, este gran desafío de perfeccionamiento nacional; la voluntad de poner sus propias capacidades al servicio de todos.

En este nuevo escenario profesional, cada uno debe diseñar su forma de ejercicio profesional de la manera en que vea más lograda su vocación, mejor

aprovechados sus gustos y aptitudes. Pero yo creo que cada uno de ustedes debe pensar que en el campo que le toque o en el que escoja, está más bien llamado a dar que a recibir. La verdadera grandeza humana está en el darse, en el entregarse, en construir una cultura de profunda generosidad, para incorporar a muchos al esfuerzo creativo en que se pongan ustedes. Un mundo interdependiente, abierto, tiene que ser por necesidad un mundo solidario. De otro modo será sólo un pantano en el que se ahogarán los mejores deseos de perfeccionamiento humano. Y la solidaridad no es hija de la utilidad o el interés. Ella sólo puede estar basada en la convicción firmísima del trascendental valor de cada persona humana. Esa es la convicción que distingue al líder verdadero del mero manipulador de los hombres.

Pero permítanme recordarles que cada estudiantes de ingeniería, cada ingeniero, es mucho más que un especialista, circunscrito al dominio de un espacio definido de conocimientos y habilidades. Es algo que preocupa, el ver que mientras más seguros se sienten los hombres de alcanzar verdades parciales, delimitadas, más escépticos se hacen de su capacidad de darles un sentido global, que comprenda el conocimiento, los sentimientos y la acción. La lucha contra ese escepticismo es la lucha por el sentido y por la dignidad del hombre. En nombre de la Universidad Católica de Chile, obra de la Iglesia, yo quisiera proponerles ese tema, central en su doctrina porque fue recibido del mismo Jesucristo, que es el del sentido y la trascendental dignidad del ser humano, de donde emanan sus derechos, sus posibilidades, sus deberes. Todas las verdades se encuentran: un mundo abierto y solidario es un mundo de personas, de comunión, de generosidad y de trabajo. El verdadero líder no debe ignorar aquello que es lo más fundamental en quienes está llamado a conducir.

Creo que en este mundo de creciente complejidad y de cambios de impredecibles direcciones, no existe para el líder de una sociedad otro camino que el de mantenerse permanentemente abierto a los nuevos conocimientos. Estamos en una era de educación continuada. La Universidad necesita de todos los sectores del público, y singularmente de aquellos hombres y mujeres que son emprendedores, necesita el alimento de sus problemas, sus preguntas, sus planteamientos recogidos en la experiencia. Y la sociedad extrauniversitaria necesita muchas veces del rigor metódico del conocimiento que en la práctica, y en un país como el nuestro se halla principalmente disponible en la universidad. La relación entre la empresa y la universidad está aquí para quedarse. En último término, tal vez porque se puede decir que en nuestro siglo ambas son instancias o formas de educación avanzada. Y esta colaboración estrecha y vital, se entrelaza con la otra, con la que el estado, llamado por su propia naturaleza a promover y garantizar el bien común, puede entregar. Un país que se abre al

mundo, necesita de la unión orgánica de estas entidades para que su acción se haga con beneficio auténtico para la comunidad nacional.

En pocos minutos no podría tocar tantos problemas como se plantean a partir de estas interacciones sociales que ayer no más aparecían cuestionables, y que son hoy día el camino más evidente de progreso. Pero no quisiera terminar sin formularles un llamado muy sincero, muy sentido a que en sus vidas profesionales no se desliguen ni se olviden del espíritu que movió a generar este Encuentro, y que no se olviden de la necesidad de mantener, de promover, un contacto vital entre sus profesiones y la universidad. El liderazgo al que están llamados por su dedicación profesional, debería conducir a una sociedad más integrada, más orgánica y solidaria, a cuerpos profesionales más concientes, no sólo de los desafíos científicos y tecnológicos, sino de las necesidades y las carencias que afectan a tantos hermanos nuestros, cuerpos profesionales más penetrados de su vocación de entrega y de servicio, más capaces de edificar un mundo digno del hombre que es imagen de Dios.